

SANDRÓ DE CHEGUEM

FAZIL ISKANDER

TRADUCCIÓN DEL RUSO Y NOTAS
DE FERNANDO OTERO MACÍAS



TÍTULO ORIGINAL: *Сандро из Чегема.*

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.U.
Avenida del Mediterráneo, 24 - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

Copyright © Fazil Iskander.
© de la traducción, Fernando Otero Macías, 2017
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U, 2017
© de la ilustración de cubierta, David Montero Eugercio, 2017

Derechos exclusivos de traducción en lengua española:
Automática Editorial S.L.U.

Published by arrangement with ELKOST Intl. Literary Agency.

Este libro se ha publicado con la colaboración del Instituto para la Traducción Literaria, Rusia.

Published with the support of the Institute for Literary Translation, Russia.



ISBN: 978-84-15509-38-7
DEPÓSITO LEGAL: M-28161-2017

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors
Composición: Automática Editorial
Corrección ortotipográfica: Automática Editorial
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: octubre de 2017

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

ÍNDICE

NOTA DEL AUTOR.	9
SANDRÓ DE CHEGUEM.	15
EL PRÍNCIPE DE OLDEMBURGO.	35
LA BATALLA DEL KODOR, O EL BLINDADO DE MADERA <i>NOA ZHORDANIA</i> .	69
LOS FESTINES DE BALTASAR.	121
LA HISTORIA DEL MULO DEL VIEJO JABUG.	193
EL TÍO SANDRÓ Y SU FAVORITO.	279
TALI, EL MILAGRO DE CHEGUEM.	335
CANTAR.	461
EL TÍO SANDRÓ Y EL FINAL DEL CAPRITUR.	473
EL RAPTO, O EL ENIGMA DE LOS ENDURIANOS.	549
LA CARMEN DE CHEGUEM.	597
EL BARMAN ADGUR.	673
¡OH, MARAT!	709
EL ÁRBOL DE LA INFANCIA.	769

SANDRÓ DE CHEGUEM

FAZIL ISKANDER

TRADUCCIÓN DEL RUSO Y NOTAS
DE FERNANDO OTERO MACÍAS



NOTA DEL AUTOR

Empecé a escribir *Sandró de Cheguem* como una cosa humorística, una parodia ligera de la novela picaresca. No obstante, el proyecto se fue complicando poco a poco, se iba llenando de detalles de los que intentaba escapar elevándome a las alturas del humor puro, pero no lo conseguía. Todo esto demuestra una vez más cuánta verdad hay en esa vieja creencia que asegura que el escritor se limita a seguir una voz que le va dictando su manuscrito.

La historia del clan, la historia de la aldea de Cheguem, la historia de Abjasia y del resto del mundo, tal y como se ve desde las alturas de Cheguem: esa es la trama de la obra.

Yo diría que el proyecto lo vislumbré por primera vez en la infancia. Un tórrido día de verano estaba yo tumbado sobre una piel de vaca a la sombra de un manzano. De vez en cuando las manzanas maduras, sacudidas por una ráfaga de viento, caían del árbol y rodaban por la hierba.

En ocasiones las manzanas bajaban por la pendiente y a través de las estacas del vallado iban a parar al corral, donde criábamos unos cerdos. Competíamos con los cerdos para ver quién llegaba antes a las frutas, y más de una vez me adelanté y me hice con una manzana birlándosela a unos morros gruñones. Más mayor, y en otros lugares, nunca he vuelto a conseguir algo así.

El caso es que estaba yo tumbado en espera de aquellos dones casi celestiales cuando de pronto oí cómo unas primas mías, que vivían en unas casas vecinas, se llamaban a gritos. Una de ellas estaba en lo alto de una colina; la otra, ladera abajo, junto a una fuente. Una agitación incomprensible se

apoderó de mí. Deseé apasionadamente que el día de verano, y el manzano que susurraba mecido por la brisa, y las voces de mis primas, todo, todo lo que me rodeaba, permaneciera siempre tal cual. No sabía qué hacer para conseguirlo. Era como si hubiera que moldearlo todo de nuevo. Lo sentía con los dedos, unos dedos deliciosamente ávidos. En unos momentos se me pasó aquel arrebató, y se diría que me había olvidado de ello para siempre.

Pero resulta que ahora estoy escribiendo este libro. A medida que avanzaba el proyecto, la poesía de la vida popular se iba apoderando de mí. Probablemente de ahí vengan el mulo reflexivo o el búfalo heroico, como testigos fieles. Los animales no mienten, aunque la astucia seductora sea algo tan característico de los perros. Un pequeño ejemplo, como solía decir el líder:

Habitualmente, a mediodía, una tía mía de Chegum empezaba a trajinar con los platos, y los perros ya estaban aguardando prevenidos junto a la puerta de la cocina, abierta de par en par. Después de la comida, claro está, siempre les caía algo. Pero, mientras esperaban su parte, de repente se ponían a ladrar sin motivo aparente, e incluso se acercaban corriendo a la valla, de donde, después de ladrar un rato, regresaban con aire triunfante, como diciendo: no somos ningunos gorriones, hemos ahuyentado a un enemigo peligrosísimo, aunque fuera invisible. A mí siempre me hizo mucha gracia ese peligro imaginario.

Bastante más tarde, siendo ya escritor, me di cuenta de que aquella era una situación imperecedera. De idéntico modo algunos críticos, al oír ruido de platos (no diré dónde), se lanzan a ahuyentar el peligro imaginario.

Pero me estoy yendo por las ramas. Una vez mi traductor al alemán, Sascha Kempfe, tras leer *Sandró*, me preguntó de sopetón:

—Los endurianos, ¿son los judíos?

Ya empezamos, pensé, pero después ha resultado que esa misma cuestión ha despertado la curiosidad de distintos pueblos. A los endurianos y los kengurianos me los inventé cuando aún estaba en el jardín de infancia. Mi tío favorito se partía de risa con mis dibujos, en los que representaba las luchas interminables de aquellas dos tribus que me había sacado de la manga. Más tarde mi tío favorito falleció en Magadán¹, y esos pueblos imaginarios emergieron como los nombres de dos distritos de Abjasia. Y ahora (pero tapadle la boca con una mordaza al psicoanalista psicópata) diré: los endurianos pueden representar a cualquier nación. Los endurianos representan también nuestros prejuicios (son unos extraños), y constituyen asimismo una imagen de los males de la civilización, que nos convierte en unos extraños a nuestros propios ojos. Puede ocurrir que nos durmamos y no haya más que endurianos a nuestro alrededor, lo cual no significa que no haya que dormir, sino que hay que dormir cuando toca. Por otra parte, la búsqueda e identificación de los endurianos es, precisamente, el rasgo más característico de los propios endurianos. Ese eslogan reciente —«¡Si es de Endursk, seguro que es bueno!»— no va conmigo.

Sandró de Cheguem es un libro aún inacabado, [...] y me gustaría terminar de contar el destino de Tali y de algunos otros habitantes de la Casa Grande.

La vida de Cheguem se opone al carnaval de la burocracia teatralizada del estalinismo: los calientasillas habían conquistado el poder. La figura del propio Stalin, ese actor infausto, me había interesado de toda la vida, antes de escribir nada o de tener siquiera intención de escribir.

Stalin viajaba a menudo a Abjasia a descansar, y las cosas que más tarde, después de su muerte, contaba la gente que lo había visto y oído (el servicio, los guardaespaldas, etc.) —

1 Ciudad portuaria de la Rusia asiática, a orillas del mar de Ojotsk; en tiempos de Stalin fue uno de los principales puntos de tránsito de los prisioneros que se dirigían a los campos de trabajos forzados.

gente por lo general entusiasta y por eso mismo muy reveladora— me ofrecieron la posibilidad de asomarme a la fuente primaria. Una persona entusiasta, a mi modo de ver, está menos predispuesta a corregir sus impresiones: cree que todo ha sido maravilloso, y en consecuencia transmite los hechos con perfecta candidez.

Imaginemos una velada en compañía. De pronto se va la luz. Uno de los comensales que menos se habían hecho notar toma un libro y empieza a leer completamente a oscuras. Nos conmueve esa destreza suya, no nos molesta que, al fin y al cabo, lea silabeando. El hombre está hecho de tal manera que en su conciencia lo misterioso invariablemente se vuelve significativo. Pero sigamos con la escena.

No se trata de una velada sin más, sino que el grupo se está jugando el dinero a las cartas. Y no poco. De repente se va la luz. Un jugador de poca monta (nadie sabe que puede ver en la oscuridad) echa un vistazo al mazo de cartas, y después, cuando vuelve la luz, gana la partida, y todo parece normal.

¿Y si el juego se prolonga durante años? ¿Y si nuestro jugador afortunado se ha puesto de acuerdo con el director de la subestación eléctrica y, en esas condiciones, como no es ningún estúpido, no gana siempre, ni mucho menos, cada vez que se va la luz, sino únicamente cuando hay una buena puesta?

En resumidas cuentas, cuando hay un larga temporada sin luz, la lechuza se instala en el trono, los búhos acaban de picotear las últimas luciérnagas, los liliputienses recobran su derecho, que se diría natural, a propinar golpes bajos, y los humanistas de nuevo cuño ensalzan la noche polar, vista como el auténtico día en un sentido dialéctico. El culto al futuro, ese racismo fugaz, facilita en cierta medida la tarea de matar en el presente, pues entre el presente y el futuro no hay un vínculo jurídico.

Mejor volvamos a Cheguem y cobremos aliento. En el fondo, esa era mi magna tarea literaria: infundir ánimos a

mis compatriotas deprimidos. No les faltaban motivos para deprimirse.

Solo hay dos temas en el arte: el llamamiento y el consuelo. Pero incluso el llamamiento, pensándolo bien, también es una forma de consuelo. *La Marsellesa* viene a ser lo mismo que la *Sonata de luna*, solo que en distintos contextos. Lo importante es que cada uno decida qué clase de consuelo necesita en un momento dado.

El país con el que me encontré en la infancia era aún en gran medida el de la vida patriarcal y campesina de Abjasia, y me quedé prendado para siempre. ¿No estaré idealizando una vida que va camino de desaparecer? Es posible. La gente tiende a exaltar lo que ama. Al idealizar un modo de vida que va camino de desaparecer, es posible que, inconscientemente, estemos pidiéndole cuentas al futuro. Es como si le dijéramos: ya ves lo que perdemos, y tú ¿qué vas a darnos a cambio?

Que el futuro vaya pensando en estas cosas, si es que es capaz de pensar mínimamente.

SANDRÓ DE CHEGUEM

El tío Sandró vivió cerca de ochenta años, de modo que, incluso para el criterio de los abjasios, uno se atrevería a decir que llegó a viejo. Pero, dado que en su juventud, y no solo ya en su juventud, intentaron matarlo muchas veces, podríamos decir que tuvo suerte.

La primera vez se llevó un balazo de un rufián, como él lo llamaba. Le disparó cuando el tío Sandró estaba apretándole las cinchas a su caballo, antes de largarse del palacio de un príncipe.

Resulta que era por entonces amante de la princesa y estaba día y noche a su lado. Gracias a sus notables méritos caballerescos, él era en aquel tiempo el primero, si no el único, de sus amantes.

El joven rufián estaba prendado de la princesa y también se pasaba día y noche a su lado, al parecer en calidad de vecino o de pariente lejano del marido. No obstante, en palabras del tío Sandró, no reunía tantos méritos caballerescos como él. O puede que sí, pero no encontraba la ocasión de sacarles partido, porque la princesa estaba coladita por el tío Sandró.

En todo caso, el joven rufián abrigaba algunas esperanzas, razón por la cual no se alejaba un paso de casa de la princesa, y hasta de la propia princesa, siempre que ella se lo permitía. Es posible que la princesa no lo echara de su lado porque su presencia animaba al tío Sandró a renovar continuamente sus proezas amoratorias. También puede ser que lo tuviera a su lado por si el tío Sandró, inesperadamente, perdía fuelle. A saber.

La princesa era esvana² de origen. Tal vez eso explique algunas de sus rarezas amoratorias. A su atractivo físico (el tío

² El pueblo esvano (o svano) está asentado en el noroeste de la república de Georgia, en la región montañosa de Svanetia, al este de Abjasia; su lengua, el esvano, pertenece a la llamada familia lingüística kartveliana (cuyo principal representante es el georgiano).

Sandró decía que era blanca como la leche) creo que habría que añadir el hecho de que montaba a caballo divinamente, no disparaba nada mal y, llegado el caso, era capaz de ordeñar incluso a una búfala.

Más tarde hablaré de eso, porque ordeñar a una búfala no es ninguna tontería, se necesitan unos dedos muy fuertes. De modo que la cuestión de sus melindres, su infantilismo o su decadencia física cae por su propio peso, aunque fuera descendiente de pura cepa de príncipes esvanos.

A mi juicio, nada de esto contradice el materialismo histórico, siempre y cuando se tomen en consideración las peculiaridades del desarrollo social en un entorno montañoso como el del Cáucaso, incluso si prescindimos del aire prístino que respiraron sus antepasados y la propia princesa. El tío Sandró contaba que a veces, en los momentos más íntimos, esta amazona no tenía reparos en pellizcar a su amante, si bien él aguantaba y no se quejó ni una sola vez, pues era un auténtico caballero.

Sospecho que al marido, un pacífico príncipe abjasio, le tocaba soportar las más groseras manifestaciones del temperamento despótico de la princesa. Así que él, por si acaso, procuraba mantenerse al margen.

En cierta ocasión el joven rufián trató de ganarse el apoyo del marido, pues parece que era pariente suyo, más que vecino. Algo que, sin embargo, no le sirvió de mucha ayuda, a pesar de que el marido también estaba en casa a menudo. Aunque no tan a menudo como Sandró, pues era un apasionado de la caza del tur³, y esta actividad consume mucha energía y las expediciones duran semanas.

Posiblemente, lo que le interesaba era que hubiese en su casa, durante sus largas escapadas venatorias, un joven desenvuelto y valiente, capaz de entretener a la princesa, recibir a

3 El tur caucásico (*Capra caucasica*) es una especie de cabra endémica de la región occidental de la cordillera del Cáucaso.

los invitados y, llegado el caso, defender el honor de la familia. Precisamente la clase de joven que era el tío Sandró en aquellos tiempos. De modo que el marido de la princesa, según contaba el tío Sandró, lo apreciaba tanto como ella misma. Razón por la cual, en vista de las maquinaciones del joven rufián, el príncipe le dijo a este de una vez por todas: «A mí no me meta en sus asuntos».

Es posible que, después de oír estas palabras, el innominado joven rufián, sabiéndose solo y desamparado, no encontrara otra salida que la de disparar al tío Sandró.

Sea como fuere, así estaban las cosas el día en que el tío Sandró apretaba animosamente las cinchas de su caballo, mientras en medio del palacio su inconsolable rival, cabizbajo, acababa de tomar la decisión, frívola incluso para aquellos tiempos, de disparar sobre él.

Así pues, nada más apretarle el tío Sandró la correa de lantera a su caballo, el joven rufián lo llamó. El tío Sandró se volvió y el otro le disparó.

—¡... tu madre! —le gritó el tío Sandró en un arrebato—. ¡Estás tú listo si piensas que vas a acabar conmigo de un solo balazo! ¡Dispara otra vez!

Pero en ese momento acudieron corriendo los criados de la princesa y ella misma se asomó a la terraza. Sostuvieron al tío Sandró, aunque este todavía siguió maldiciendo un rato con la bala alojada en el vientre, hasta que finalmente se derrumbó.

Al principio lo atendieron en casa de la princesa, pero después pareció poco decoroso y a los pocos días unos parientes lo trasladaron a su casa en camilla. La princesa iba a visitarlo y se pasaba los días y las noches a la cabecera de su cama, lo que suponía un notable honor, pues el padre del tío Sandró, aunque bastante acomodado, no era más que un simple campesino.

El tío Sandró las pasó canutas, ya que la pistola turca del joven rufián estaba cargada poco menos que con metralla de hierro colado. Para salvarle la vida hicieron venir de la ciudad

a un doctor muy célebre en la época, quien lo operó y lo estuvo tratando cerca de dos meses. Por cada día de tratamiento cobraba un cordero, de modo que a partir de entonces el padre del tío Sandró solía decir, refiriéndose a su hijo, que aquel cabra loca le había salido por sesenta corderos.

No se sabe cuánto más tiempo se habría prolongado el tratamiento de no haber sido porque un día el padre del tío Sandró regresó del campo antes de lo previsto. Se le había roto la azada y volvía a coger otra. Al entrar en el patio vio al doctor durmiendo como un bendito a la sombra de un nogal en lugar de ocuparse de su hijo o, por lo menos, de prepararle su poción. «De modo que los corderos están ahí pastando y ganando peso para él, y él mientras tanto durmiendo», pensó el viejo y entró en casa.

Se dirigió al cuarto del tío Sandró y su sorpresa fue mayúscula al comprobar que estaba durmiendo, y además acompañado. Para una hermana de la caridad, por mucho que fuera de familia principesca, aquello resultaba excesivo. El viejo se enfadó, más que nada por no haber descubierto en cuál de aquellos sesenta días se había animado la princesa a meterse en la cama de su hijo, siendo la primera en darse cuenta de que ya estaba sano o, como mínimo, necesitaba cambiar de tratamiento. De haberse enterado antes, igual se habría ahorrado una docena de corderos, en vez de dárselos a aquel holgazán. En cualquier caso, zarandéo a la princesa.

—¡Levanta, princesa! ¡El príncipe está ahí fuera! —dijo.

—Se conoce que me he quedado traspuesta mientras le espantaba las moscas —dijo la princesa con un suspiro, des-perezándose y levantándose.

—Sí, claro, de debajo de las sábanas —rezongó el viejo y salió del cuarto.

En ese momento el tío Sandró, que, muerto de vergüenza, estaba haciéndose el dormido y pretendía seguir haciéndose-lo, ya no se pudo aguantar. Se echó a reír. También la princesa

se desternilló, pues, como genuina patricia que era, aunque de origen montañés, no estaba turbada en exceso.

Ese mismo día mandaron al doctor de vuelta a la ciudad, con los corderos que se había ganado, mientras que la princesa aún siguió un tiempo alojada en casa del tío Sandró. Y, al marcharse, repartió entre las hermanas de este sus sedas y collares, como corresponde a una princesa. Así que todos quedaron contentos, a excepción, naturalmente, del joven rufián. Después de su infausto disparo, se vio definitivamente desamparado, pues la princesa se trasladó a casa del tío Sandró y él, a pesar de su mucho descaro, no podía presentarse allí en ningún caso. Es más, no tuvo más remedio que alejarse definitivamente de nuestras tierras. Naturalmente, no se trataba tanto de hurtarse al castigo de la ley como de evitar las balas de algún pariente del tío Sandró. De modo que, si estando en casa de la princesa aún podía, mal que bien, esperar su oportunidad para dar a conocer sus eminentes virtudes caballerescas —si es que reunía tales virtudes, desde luego—, ahora le tocaba sufrir en la distancia.

Además de este incidente, hubo en la vida del tío Sandró muchos otros en los que pudo acabar muerto o, como mínimo, herido. Pudieron haberlo matado en el curso de la guerra civil, con los mencheviques, de haber participado en ella. Es más, también pudieron haberlo matado aunque no participara en ella.